

EDUCAR EN TIEMPOS DE INCERTIDUMBRE

FRANCESC TORRALBA

1. Introducción

Me propongo, en esta presentación, articular un doble discurso: descriptivo y desiderativo. No tengo como intención elaborar un diagnóstico de las carencias y de las fortalezas de la educación, tampoco pretendo dibujar un mapa de las tipologías de prácticas educativas que se dan en nuestro país.

Un ejercicio de esta naturaleza exige un trabajo empírico, una muestra significativa y un riguroso análisis posterior. Más bien pretendo dibujar las tendencias más generales y, a la vez, apuntar hacia lo que fuera deseable para fortalecer la sociedad abierta. Empleo la expresión *sociedad abierta* (*open society*) en el sentido que le da el filósofo Karl Popper, como un ámbito de reconocimiento de derechos y de libertades (libertad de pensamiento, de expresión, de creencias, de asociación, de movimientos y de estado civil), como el marco idóneo para vivir y desarrollar la propia vida.

Entiendo que, demasiado a menudo, los que nos dedicamos al oficio de pensar nos limitamos a hacer un discurso descriptivo, porque no tenemos la osadía de proponer lo que sería necesario que hubiera para alcanzar el objetivo de una democracia socialmente madura y éticamente responsable. A veces también nos falta capacidad de autocrítica y fijamos la atención en colectivos ajenos para imputarles toda la responsabilidad de nuestros males.

También es necesario articular una autocrítica del ejercicio de la educación. Los ciudadanos no somos sujetos pasivos, ni neutros, ni ajenos a lo que pasa o ha pasado. Tenemos cierta responsabilidad y tenemos poder y capacidad de modificar ciertas lógicas y tendencias. La capacidad crítica y la responsabilidad en el ejercicio de nuestras facultades son elementos decisivos para frenar determinados procesos y para deslegitimar ciertos comportamientos.

La reiterada y cansada crítica del ejercicio profesional de la política es necesaria, pero debe ir acompañada, igualmente, de la crítica de otros colectivos que, probablemente, con su pasividad, han legitimado la situación extraordinariamente crítica en la que nos encontramos.

La teoría del chivo expiatorio nunca me ha parecido adecuada para describir los males que padecemos. Identifica toda la raíz del mal en un colectivo, los políticos profesionales o bien en el sector financiero. Me parece un ejercicio de demagogia y de simplificación que no puede superar un mínimo análisis de fondo. Hay corresponsables, grados y niveles de implicación diferentes que explican la situación de desencanto y de malestar que hay. Es necesario identificar las complicidades, los silencios, la dejadez y, muy a menudo, la indiferencia y la pasividad frente a ciertos comportamientos. Este silencio miedoso se convierte, muy a menudo, en cómplice de la situación.

Parto de la tesis de que la crisis que vivimos es estructural y que afecta a todas las esferas y dimensiones de la vida pública, aunque a menudo nos queremos convencer a nosotros mismos de que sólo unas áreas están corrompidas y otras son genuinamente puras.

Niego la tesis mayor. No hay áreas sociales moralmente puras; como tampoco me parece correcta la descalificación general de la actividad política, económica o bancaria. En los tiempos que vivimos es más necesario que nunca el trabajo del matiz, la capacidad de hilar muy fino y de discernir, para poder hacer juicios afinados de lo ocurrido, de dónde estamos y de los responsables de los males que padecemos. El ensañamiento contra una parte del problema no resuelve el problema.

Me propongo, pues, identificar algunas tendencias colectivas, pero también las transiciones que hay que hacer, los caminos que hay que emprender para fortalecer el tipo de sociedad en el que nos encontramos.

Las sociedades abiertas son frágiles y están expuestas a todo tipo de enemigos: exógenos y endógenos. Identificarlos es capital, pero también lo es asumir responsabilidades tanto a nivel personal como colectivo, tanto en el plano de la vida política como en el de la sociedad civil para realizar el salto cualitativo que deben hacer las democracias a fin de madurar hacia niveles de mayor legitimidad, de más participación y transparencia.

2. Atención a lo que está naciendo

Me propongo trascender la mirada apocalíptica que conduce a la parálisis. La mirada nunca es neutra. Tiene consecuencias sociales y políticas. Estamos acostumbrados a ver un paisaje en ruinas, pero no somos capaces de ver los brotes verdes que están naciendo, lo bueno, lo verdadero y lo positivo que está emergiendo entre los escombros, aquellas tendencias constructivas que pueden convertirse en líneas de fondo en el futuro.

Los diagnósticos apocalípticos nos conducen al desencanto, a la impotencia, a esa sensación colectiva de que no hay nada que hacer. Sin ocultar la oscuridad de la hora presente, la crisis social, económica, cultural, educativa, religiosa e institucional que estamos sufriendo, es necesario, sin embargo, identificar lo que está emergiendo de bueno, para tener el valor de cuidarlo y de estimularlo.

La emergencia del valor de la transparencia es una excelente noticia. El hecho de que los ciudadanos reclamen transparencia a las instituciones públicas, a los gobiernos, a las empresas y a las organizaciones no gubernamentales es un brote verde que puede conducir a una situación mejor, especialmente si se niegan a aceptar malas prácticas y tienen la capacidad de censurar a quienes las ejercen. La voluntad de transparencia lo pone difícil a

quien opera con las prácticas, porque tiene más dificultad para ocultarlas a los ojos del mundo y persistir en ellas.

En este trabajo me propongo también trascender la hipocresía ciudadana. El ciudadano exige a los responsables políticos, sociales, económicos y religiosos lo que no se exige a sí mismo. Exige que los políticos sean participativos y cercanos, pero muy a menudo el ciudadano no es ni participativo, ni dialogante. Les exige que sean honestos, transparentes y ejemplares, sin embargo, muy a menudo, el ciudadano no se exige en su vida familiar, social y profesional el mismo nivel de honestidad, de transparencia y de ejemplaridad.

Hay que combatir, a fondo, todas las formas de corrupción, no sólo en la esfera política, económica y empresarial, también en la esfera cotidiana de los ciudadanos. Necesitamos una ética pública asumida colectivamente, un nuevo modo de comprender el espacio público y los deberes de la ciudadanía. El ciudadano tiene derechos y debe exigir el estricto cumplimiento de estos derechos por parte de las administraciones públicas y de los gobiernos, especialmente en contextos de reducción de la inversión pública, pero el ciudadano también es depositario de unos deberes, de unas obligaciones que no siempre está dispuesto a aceptar y, mucho menos, a cumplir.

En mi opinión, hay que transitar hacia una cultura de la autoexigencia moral, subrayar la conciencia de los deberes y la correlación que existe entre los derechos y los deberes para hacer posible la convivencia pacífica y el buen funcionamiento del estado social. Sufrimos una atrofia de deberes y una hipertrofia de derechos. Reconocer derechos es políticamente rentable, pero exigir deberes es muy incómodo, porque a nadie le gusta que le recuerden las obligaciones que tiene y que, muy a menudo, no cumple.

Además, es también incómodo para el emisor, porque fácilmente es objeto de una fiscalización y de una auditoría ética y no hay ningún emisor que sea perfecto. Somos nosotros mismos, los ciudadanos, los que nos debemos exigir deberes para hacer posible la transición hacia una situación radicalmente diferente, abierta a un futuro estimulante para nuestros hijos.

La generación de confianza es la gran asignatura pendiente. Sin confianza, no hay vida social, no hay vida económica, no hay complicitad entre la sociedad civil y la política profesional. La desconfianza conduce a la sociedad de la vigilancia, al miedo, al control, a la burocratización de las organizaciones y al aislamiento.

Observo una grave fractura de la confianza, una terrible crisis de credibilidad de las instituciones públicas, de los partidos políticos tradicionales, de las organizaciones financieras, también de las administraciones de justicia y de las instituciones religiosas. Esta derrota de la confianza no se recupera fácilmente: hay que hacer borrón y cuenta nueva, depurar las responsabilidades por la vía judicial, actuar éticamente, responsablemente, rendir cuentas y, sobre todo, romper las endogamias, los círculos blindados, el miedo a la participación.

Mi objetivo, pues, es dibujar un arquetipo ideal, el del ciudadano axiológicamente responsable, que asume los valores básicos de las sociedades abiertas y que los expresa en su actividad personal, profesional y social, que adopta una estilo de vida coherente con este sistema de valores y que exige esta coherencia a las instituciones públicas, a las empresas con las que interactúa, también en su ámbito estrictamente privado. Estoy convencido de que la educación en el tiempo libre puede ser un instrumento muy útil y eficiente para transmitir los valores nobles que necesitamos.

La clave de la regeneración está en esta ciudadanía axiológicamente responsable, que practica la tolerancia cero con cualquier forma de corrupción, que se exige a sí misma honestidad y que mira atentamente lo que consume, sus complicidades y relaciones.

3. Lo que estaría bien. Otra ciudadanía es posible

Parto de un supuesto: Otra ciudadanía es posible y, además, necesaria. Sólo una ciudadanía activa, consciente, responsable, comprometida y adulta puede hacer posible el cambio, la regeneración de las instituciones y de las organizaciones que tan urgentemente necesitamos.

La regeneración no depende únicamente de las leyes, ni tampoco de fortalecer o endurecer el código penal. Depende de una nueva conciencia ciudadana, atenta a la realidad y a la fragilidad de las instituciones que no quiere tirar por la borda la herencia y el trabajo de las generaciones que nos han precedido y las libertades conquistadas a base de sufrimiento. Después de todo, las instituciones están integradas por ciudadanos y dependen, en esencia, del modo de actuar, de consumir y de producir de estos ciudadanos.

El ejercicio de la ciudadanía se ha ido modificando a lo largo de la historia y también la propia concepción del buen ciudadano. Igual que ciertos colectivos y segmentos de la población están articulando nuevos modelos de acción y nuevas formas de practicar su profesión, también hay que repensar qué nos exigimos como ciudadanos, qué poder real tenemos, qué realidades podemos transformar con nuestra acción, con nuestra palabra, con la producción que elaboramos y el consumo que ejercemos.

La ciudadanía es el grueso de la sociedad. Hay que tender hacia una ciudadanía incluyente y universal, que reconozca a todos los seres humanos los mismos derechos y los mismos deberes y que se organice pacíficamente para mejorar la sociedad, las estructuras políticas, económicas y religiosas.

3. 1. Del espíritu criticón a la conciencia crítica y autocrítica

Una primera y necesaria transición a desarrollar es el paso del espíritu criticón a la conciencia crítica y autocrítica. La educación debe potenciar el valor de la crítica.

La crítica es un valor esencialmente moderno y tiene un fundamento racional y se fundamenta en el conocimiento de la cosa. El espíritu criticón es emocionalmente tóxico y no articula racionalmente. Es la descalificación por la descalificación sin conocimiento de causa, sin exploración de los procesos, una forma de hacer que no baja al terreno de los hechos y se mueve en el ámbito del tópico y de la superficialidad.

El espíritu criticón no conduce a ninguna parte. Es propio de una ciudadanía pasiva, que no se compromete y que se limita a identificar los errores y los fallos de los que asumen compromisos políticos, sociales y educativos, ya sea en las instituciones públicas o bien en los órganos de gobierno.

Es necesaria una ciudadanía capaz de articular juicios críticos fundamentales, lo que supone disponer de unas fuentes de información veraces, imparciales y fidedignas. A la vez, hay que transitar hacia una ciudadanía autocrítica, no tan sólo capaz de forjar críticas para con los representantes de los poderes políticos, sociales, económicos, educativos y religiosos, sino también de criticar la propia dejadez, pasividad y malas prácticas.

3. 2. De la actitud victimista a la actitud confiada

La segunda transición exige superar la actitud victimista y transitar hacia una ciudadanía capaz de tener confianza respecto a sí misma, a su poder y a su fuerza para cambiar la situación de hecho y avanzar progresivamente hacia una sociedad más justa, más fraterna y más libre.

El desencanto devora a la ciudadanía. También la fatiga moral hace estragos en medio del cuerpo social. Demasiado a menudo, se produce una caída en el sentimiento de impotencia que conduce a la parálisis social.

El compromiso, en sus diferentes formas, políticas, sociales, económicas y culturales, presupone, siempre, una actitud de confianza, incluso de esperanza, que parta del supuesto de que las cosas pueden cambiar, de que la realidad no es estática, ni está fatalmente condenada a ser como es. La actitud victimista (el no hay nada que hacer) conduce a la reproducción mimética del mismo y al lloriqueo estéril que no hace cambiar nada.

Los analistas de la cultura definen al ciudadano como un ser cansado y desencantado, incluso, post-utópico, que ha dejado de soñar, que busca hacer realidad su pequeño sueño, alcanzar su pequeño confort, la pequeña felicidad del día y de la noche. El cierre en el propio yo es una debilidad grave de la ciudadanía, porque solo es posible progresar en todos los terrenos

mediante la cooperación creativa, el trabajo en red, el activismo, ya sea en su forma clásica o a través de las nuevas modalidades digitales.

El compromiso es libre, pero el ejercicio de la nueva ciudadanía exige el compromiso. Cada ciudadano debe discernir cómo y de qué forma debe desarrollar su compromiso con la comunidad, pero el compromiso es una exigencia, un deber que la situación actual requiere.

Hay que recuperar la actitud confiada. La confianza es un valor básico en la vida social, no tan sólo para emprender cualquier proyecto, sino también para realizar las actividades cotidianas. Es un acto de fe. Consiste en creer en uno mismo, en los demás, en las instituciones, en el futuro, en las posibilidades de salir adelante con éxito. La confianza no es una fe ciega ni un movimiento irracional. Es un acto inteligente y razonable que se basa en argumentos y en la experiencia. Nos fiamos de las personas que trabajan bien, que cumplen su palabra, que nos dan muestras de su competencia.

Crear un clima de confianza es básico para emprender un proyecto. Cuando la confianza es débil, el proyecto llega a ser bastante ineficiente, porque todos empiezan a sospechar de todos, de sus intenciones y prácticas. En un clima de desconfianza aumentan los malentendidos y se gasta tiempo, energía y esfuerzos en actividades de protección y de justificación de las acciones ante los demás. La desconfianza tiene como resultado un decrecimiento en el flujo de información y disminuye la eficiencia de los procesos de toma de decisiones.

La falta de confianza hace que las personas estén asustadas y vivan con inseguridad el marco laboral, mientras que la confianza permite anticipar el futuro, hace posible afrontar lo que es incierto y reducir el campo de las posibilidades. Esto minimiza la incertidumbre en el comportamiento de las otras personas. La confianza simplifica el mundo, la vida cotidiana, familiar y laboral, reduce el campo de complejidad de lo desconocido.

Existe una relación inversamente proporcional entre normas y confianza. Cuanto más confianza, menos normas; mientras que si falta la confianza, aumentan las normas, las reglas y los protocolos. Un proyecto debe ser diseñado para permitir el crecimiento de las personas.

Los grandes especialistas en psicología y en ética de las organizaciones concluyen que la confianza influye fuertemente en la cooperación y en los acuerdos, especialmente en tiempos como el nuestro, caracterizado por el cambio y por la incertidumbre. Donde hay un ambiente en el que no se confía en el otro, cualquier actividad que requiera de la cooperación será más difícil.

Los estudiosos de la ética de las organizaciones han estudiado a fondo cómo se genera y se mantiene la confianza. Entre los diferentes factores están la benevolencia, la integridad, la competencia, la transparencia y concordancia de valores.

Para mejorar la confianza, es necesario que las operaciones sean transparentes. Nos fiamos de las personas transparentes, que dicen lo que piensan y no se esconden las opiniones por difíciles que sean de expresar.

La integridad es determinante para generar confianza. Las partes que actúan, colaboradores y destinatarios, deben tener la sensación de que aquel proyecto emprendedor se preocupa por su bienestar.

También es digna de confianza una persona que es capaz de reconocer sus errores y rectificar cuando sea necesario. Para generar confianza, hay que mostrar constantemente la competencia en lo que se está haciendo. Nadie se fía de los incompetentes, pero no todo el mundo exige el mismo tipo de destreza. Los colaboradores buscan competencia en la gestión, mientras que los destinatarios buscan la competencia técnica y científica. La competencia no es la competitividad, porque el principal objetivo de una persona competente no es luchar contra los demás, sino ser lo más excelente posible, hacer las cosas lo mejor que pueda. Una persona comprometida con la calidad y la excelencia genera confianza en su entorno.

3.3. Del espectador pasivo al ciudadano activo

Existe una ciudadanía que se compromete y se implica en todo tipo de causas nobles para mejorar la calidad de vida de sus coetáneos, el entorno natural o el bien cívico de la comunidad. Con todo, abunda el ciudadano espectador pasivo que se limita a producir, consumir, a entretenerse en los pocos espacios de tiempo libres que tiene y, sobre todo, a criticar a los que se comprometen para mejorar la calidad de vida de los miembros de la comunidad. A través de la educación en el tiempo libre es posible potenciar el sentido de compromiso y de implicación en las instituciones.

El miedo a fracasar, la pereza moral o la desidia son las causas de esta pasividad que nos anula como sociedad civil. La ciudadanía activa es la que aporta el propio talento, los propios dones y tiempo personal para mejorar algún aspecto de la vida pública, alguna dimensión del conjunto de la sociedad.

Hay que estar atento a las nuevas formas de activismo digital y los efectos que tiene este activismo para la vida política, empresarial y social en general. Este nuevo activismo tiene una dimensión global, como es propio de las redes sociales, y tiene unos efectos que trascienden los marcos nacionales, lo que hace posible sumar complicidades de otros territorios y vencer las endogamias.

Bien empleadas, las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación son instrumentos muy poderosos para que la ciudadanía crítica y activa haga llegar sus

reivindicaciones al conjunto del mundo y presione a los poderes políticos, financieros y sociales a fin de transformar determinadas lógicas y actitudes.

3. 4. Del hiperconsumismo masivo al consumo consciente y responsable

El consumo consciente es una tendencia emergente, un pequeño brote verde que va creciendo y que, tal vez, en los próximos años o decenios se convierta en un valor mayoritario. No lo sabemos. Es difícil hacer prospectivas en el campo de los valores. A estas alturas este valor irrumpe en un contexto caracterizado por el hiperconsumismo de masas, por el consumo indiscriminado, emocional e irreflexivo que solo tiene como tope el poder adquisitivo.

El nuevo perfil del consumidor consciente, sin embargo, da motivos para la esperanza. Estamos hablando de un consumidor que es consciente de sus derechos, pero también de su poder. El consumo consciente se traduce en un ejercicio que explora el origen del producto, cómo se ha realizado, quién lo ha hecho y para qué se ha hecho. Es consciente quien reflexiona antes de consumir y quiere conocer la máxima información sobre el producto que compra.

El consumo consciente solo es posible si hay transparencia en cuanto a los procesos de producción, de transporte y de distribución. Si el ciudadano desconoce esta información y no puede trazar la historia del producto, su génesis y resultado, no puede, en ningún caso, ejercer conscientemente el consumo, porque ignora esta información.

Es evidente que la propia empresa tiene interés en vender y, por tanto, puede ocultar aspectos oscuros de la trazabilidad, anillas oscuras en la secuencia de producción, de transporte y de distribución. Es juez y parte. El consumidor consciente, es decir, despierto, se pregunta si en la elaboración del producto se han respetado los derechos de los trabajadores, de los niños y de los grupos vulnerables; si se ha contaminado o no, si el transporte ha sido sostenible, si se ha elaborado con materias primas del propio territorio o se han traído de muy lejos.

En este debate es decisiva la labor de las administraciones públicas, porque tienen la responsabilidad de garantizar que se cumplan los mínimos requisitos éticos para que el producto de consumo sea sostenible humana y ecológicamente responsable. No puede aceptarse, de ningún modo, que productos que incumplen los requisitos éticos mínimos puedan venderse impunemente en todo el mundo. Hay que identificar territorios y marcos que pongan límites y tracen líneas rojas. Las administraciones, además, pueden premiar fiscalmente a las empresas que hacen los deberes y elaboran productos de consumo socialmente ecológicos y humanamente responsables, y, a la vez, pueden grabar fiscalmente a las que elaboran productos de consumo que perjudican la salud de los ciudadanos, el equilibrio social y ecológico de un territorio.

En un mundo globalizado necesitamos una ética global de la producción y del consumo. El consumidor consciente sabe que tiene poder, que su fuerza radica en elegir bien y en censurar el producto irresponsable y premiar el producto responsable. El nuevo consumidor consciente informa, contrasta, compara, busca por la red y se aconseja antes de comprar. Finalmente, ejecuta el acto.

A medida que el consumidor consciente crezca numéricamente, también se verá obligado a crecer el productor consciente, porque entenderá que si persiste en sus malas prácticas, perderá mercado. Este argumento será decisivo para propiciar el cambio que necesitamos.

3. 5. De la solidaridad emotiva y teledirigida a la solidaridad como opción de vida

La palabra *solidaridad* es muy rica en significados, aunque, a menudo, sólo captamos la idea más superficial. Va ligada a conceptos como cooperación, ayuda mutua y vinculación sólida con los demás. No es la ayuda puntual, ni la caridad mal entendida. Es una experiencia de unidad, es el sentimiento de estar unido a los otros por un vínculo invisible.

El ciudadano axiológicamente responsable está atento a las necesidades de la sociedad y responde a ellas efectivamente.

La solidaridad no es el amor en sentido estricto. Tampoco es la amistad. En la primera forma de relación, la pasión es esencial. En la segunda, es necesaria la práctica de la confianza y de la mutua benevolencia. Tampoco es la simpatía, porque la simpatía es una especie de afinidad anímica, un sentirse agradablemente próximo al otro, sin haberlo buscado, sin esperarlo; es como estar unido al otro por su manera de ser, por su carácter.

La solidaridad exige pasión, voluntad, razón e imaginación, pero esta pasión que exige no es la del amante que se centra en una sola persona y para la que estaría dispuesto a darlo todo, a dejarse matar si fuera preciso. La pasión que nutre y alimenta el impulso solidario no tiene un referente concreto, no se proyecta hacia un tú de carne y hueso, previamente definido. Se vuelca hacia los demás y no tiene preferencias, ni hace discriminaciones de ningún orden. También recibe el nombre de altruismo, porque su centro de gravedad es el otro, pero no otro concreto, sino cualquier otro que necesita ayuda. La solidaridad, pues, se concreta en un proyecto, en una iniciativa, que directa e indirectamente hará bien a un colectivo de personas.

La solidaridad o ayuda mutua no es una anomalía que rompe las rígidas exigencias de la lucha por la vida, sino un hecho científicamente comprobado como factor de evolución, paralelo y contrario a la lucha por la supervivencia. Merece la pena considerarlo y no olvidarlo, ya que ésta es una lección muy poderosa para la vida humana.

Solos, no salimos adelante. Necesitamos cooperar, establecer puentes y nexos. Esto vale tanto para la pequeña estructura familiar como para las grandes organizaciones que buscan un lugar en el mercado. Si los miembros que participan en esta estructura no colaboran entre sí, no podrán vencer a la competencia. Deberán hacer piña y buscar soluciones compartidas. La búsqueda insolidaria y aislada del éxito personal hará brillar momentáneamente a alguien, pero, al final, si la tendencia se multiplica, se hundirá la organización.

El ciudadano solidario no establece distinciones, mientras que la simpatía claramente separa en virtud de los caracteres. No todas las personas nos caen igualmente simpáticas, pero tenemos que ser solidarios con todas ellas. La solidaridad no es un sentimiento que se nutre de la afinidad de caracteres, de la complicidad de las almas. Es una emoción que la trasciende, que va más allá de la amistad, la simpatía, la antipatía o la empatía.

La solidaridad es un sentimiento más amplio, más indefinido, una especie de instinto. Cuando lleno un cubo de agua para apagar el incendio en la casa del vecino, me mueve la solidaridad humana, la voluntad de ayudar que está en la base de mi ser. No es el amor, ni tampoco la simpatía lo que induce el rebaño de caballos a formar un círculo para defenderse de la agresión de los lobos; de ningún modo es el amor lo que hace que los lobos se reúnan en manadas para cazar.

En todos estos casos, lo que une es un sentimiento incomparablemente más amplio que el amor o la simpatía personal. Se ha creado sobre la conciencia, aunque sea instintiva, de la solidaridad y de la recíproca dependencia que existe entre todos nosotros. Se ha creado sobre el reconocimiento inconsciente de la fuerza que tiene, en la práctica, la estrecha dependencia entre la felicidad de cada individuo y la felicidad de todos, sobre los sentimientos de justicia y de equidad.

La felicidad individual no va sola, ni puede garantizarse al margen de la felicidad de los demás. Sólo si coopero en la búsqueda de la felicidad de todos, podré garantizar una cierta felicidad personal. El individualismo, llevado a sus últimas consecuencias, es destructivo para el género humano.

3. 6. *De una ciudadanía fatigada e indignada a una ciudadanía entusiasta*

"El peligro más grande de Europa es la fatiga". La frase es de Edmund Husserl. La formuló en la conocida conferencia que dictó en Viena en mayo de 1935. Solo hacía dos años que Adolf Hitler había llegado a la cancillería de Alemania democráticamente y aún faltaban cuatro años para que estallara la Segunda Guerra Mundial.

Sobre el cansancio se ha escrito abundantemente. Handke, en el *Ensayo sobre el cansancio* y, últimamente Byung-Chul Han, en *La sociedad del cansancio*, hacen aproximaciones

fenomenológicas al cansancio sumamente interesantes. La fatiga es fruto de la vulnerabilidad humana, de la constitutiva fragilidad del ser humano, de sus sueños, esperanzas y horizontes. La fatiga es, pues, una posibilidad humana que irrumpe cuando, tras picar mucha piedra, no se alcanza el horizonte conquistado.

La época post-utópica que nos ha tocado vivir está marcada por el cansancio, por una desilusión colectiva y, incluso, por una sensación de impotencia que justifica la parálisis, la pereza y la indiferencia frente a los discursos alternativos. Los representantes políticos ya no saben qué hacer para combatir la fatiga que experimentan los ciudadanos. Es una fatiga crónica. No sirven los discursos, tampoco las promesas, menos aún las fórmulas milagrosas.

El ciudadano está cansado de promesas incumplidas, de burocracia sofisticada, de todo tipo de corrupciones, chanchullos y recortes de los derechos sociales. Hay mucho cansancio y este cansancio aún crece más cuando el ciudadano siente cómo la demagogia, la retórica vacía y el perfil discursivo de bajo tono y de bajo nivel colapsa los medios de comunicación.

Y, sin embargo, hay que combatir la fatiga, porque, como dice el padre de la fenomenología, es el peligro más grande. Cuando las fuerzas democráticas se cansan, los enemigos de las sociedades abiertas ocupan el espacio público. La extrema derecha, con su retórica mesiánica y escatológica, cimentada en la heurística del miedo, como diría Hans Jonas, gana terreno y eso es, justamente, lo que no nos podemos permitir.

La lucha contra la fatiga exige un doble trabajo: el ejercicio del recuerdo, de la razón anamnética, pero también otro trabajo, la esperanza en las conquistas futuras. Hay que confiar en nuestro potencial para construir una Europa diferente, una Europa de las personas y de los pueblos, social y culturalmente potente, fraterna y, a la vez, equitativa. Las conquistas sociales del pasado solamente se han hecho realidad porque los que nos han precedido en el tiempo no se dejaron vencer por la fatiga, la desidia, el cansancio y el tedio. Lucharon. Y lucharon juntos, sin cainismo, con espíritu de colaboración.

La preocupante abstención y el crecimiento de la extrema derecha no nos pueden dejar indiferentes. Hay mucho en juego. Está en juego el presente, pero, sobre todo, el futuro de este espacio social, cultural, político y económico que es Europa. No queremos que este espacio se convierta en un gran geriátrico, irrelevante en el mundo. Tampoco queremos que sea un puro intercambio de favores económicos. Queremos que sea un lugar para vivir dignamente y para ver cómo crecen nuestros hijos y nietos dignamente.

3.7. Una ciudadanía abierta que trasciende sus prejuicios

Una de las tareas más urgentes y más necesarias que hay que desplegar desde las instituciones educativas formales e informales para alcanzar esta ciudadanía axiológicamente responsable es la deconstrucción de prejuicios.

Me quedo asombrado al ver el haz de prejuicios que arrastran muchos estudiantes universitarios, estudiantes que han seguido ordenadamente la secuencia del sistema educativo y que, sin embargo, son serviles a muchos prejuicios. Muchos de ellos son auténticos depósitos de tópicos y estereotipos que, sin ser conscientes de ello, han absorbido del entorno y que determinan sus miradas sobre la realidad.

Un prejuicio, como el nombre indica, es un juicio hecho anticipadamente, sin conocimiento de causa, sin contrastación empírica. Se podría concebir como una cortina que no permite ver las cosas tal como son en sí mismas, sino a través de un filtro que condiciona enormemente la percepción de la realidad. Es, pues, un mal juicio, porque no parte de lo que es la realidad, de lo que es el objeto en sí mismo, sino que se basa en opiniones, en versiones que se han adquirido de oídos, sin una valoración empíricamente contrastada.

Las instituciones educativas, la familia, la escuela y los ámbitos de educación no formal deben ser poderosos mecanismos de liberación de prejuicios, de tópicos, de creencias infundadas y de supersticiones, pero no siempre es así. A menudo se convierten en verdaderas fábricas de prejuicios y los agentes educativos los transmiten inconscientemente, intoxicando a las generaciones más jóvenes de pre-comprensiones que configuran su forma de ver la realidad y de estar en el mundo. Esto les predispone negativamente hacia algunos grupos sociales, etnias o tradiciones espirituales y religiosas.

Es necesario, pues, examinar a fondo el transmisor, es necesario que el agente educativo explore el río de prejuicios que circula por su mente y que verifique la solidez, la verosimilitud y la legitimidad que tienen. Esta tarea es básica para construir una pacífica convivencia en nuestras ciudades plurales y constitutivamente diversas.

Los prejuicios no son neutros, ni inocentes. Tampoco podemos ser ingenuos respecto a lo que nos rodea y debemos examinar y denunciar los prejuicios inherentes a muchas prácticas publicitarias y también en muchos medios de comunicación social. Aceptar la realidad tal como es, es mucho más árido que afrontarla desde un esquema preestablecido de prejuicios. Cuando se está atento a lo que es, la realidad sorprende, inquieta, descoloca, deshace nuestras etiquetas y eso nos incomoda.

En este debate la discusión de fondo es antropológica. ¿Somos capaces de tomar conciencia de los prejuicios que actúan inconscientemente en nuestra mirada? ¿Tenemos capacidad para identificarlos y liberarnos de ellos? Esta tarea de examinar puede ser entrenada y enseñada en

las instituciones educativas. Es, justamente, esta función crítica la que puede salvar a los adolescentes y a los jóvenes, la que les puede ayudar a liberarse de los prejuicios que van recibiendo de la familia, de las escuelas, de la publicidad y de los medios de comunicación social.

El nexos social, la cohesión entre grupos de distinta naturaleza, entre opciones religiosas y morales distintas depende, en gran medida, de las actitudes de los ciudadanos. Sólo si somos capaces de forjar ciudadanos conscientes de sus prejuicios, podrán tomar distancia y escuchar al otro antes de juzgarlo, serán aptos para dejar que la realidad se manifieste tal como es, antes de encuadrarse dentro de un esquema mental apriorístico. Nos jugamos mucho en esta tarea. Nada menos que la paz social.

3. 8. Hacia una ciudadanía que apuesta decididamente por la paz

La tolerancia tiene límites. Cuando se tolera todo, acontece la barbarie. La cuestión clave y, a la vez, más compleja, es identificar las fronteras, discernir cuáles son esos límites. Las sociedades abiertas son ámbitos vulnerables y frágiles que deben saber preservar y defender si es preciso, con vehemencia, sus derechos civiles y el conjunto de valores éticos que las sostienen. En este punto, no cabe distraerse, ni tampoco banalizar.

Lo que hace grande éticamente una sociedad abierta es el respeto y el cuidado que tiene hacia sus minorías. Cuando sólo se pueden expresar libremente las mayorías y las minorías son sistemáticamente silenciadas, estamos ante una sociedad inmadura y miedosa. Las minorías, sean del signo que sean, tienen derecho a poder expresar lo que son, a educar según sus convicciones, a manifestar públicamente sus convicciones religiosas o no religiosas.

En cualquier caso, la tolerancia es la gran conquista teórica de la Modernidad. Desde John Locke hasta Bertrand Russell, es el gran signo del espíritu liberal y del modelo de sociedad del que nos hemos dotado en Europa. Ante ataques fundamentalistas, hay que plantearse, seriamente, si están emergiendo comunidades cerradas dentro de las sociedades abiertas con capacidad suficiente para desestabilizarlas y ponerlas en crisis. Cabe preguntarse cómo emergen estos grupúsculos cancerígenos que generan metástasis social y fracturan la difícil convivencia en entornos plurales desde el punto de vista social, religioso y étnico. Hay mucho en juego. Está en juego nuestro presente, pero también el futuro de nuestros hijos y nietos.

Se necesita una ciudadanía que sea intolerante con toda forma de violencia; desde la violencia verbal hasta la violencia sangrienta que lamina vidas humanas inocentes. La tolerancia cero es un deber, una exigencia y no solamente un derecho. Es necesario, a la vez, potenciar mecanismos de prevención, formas para desarticular estos tumores malignos de la sociedad que la amenazan mortalmente.

No basta con ampliar y ensanchar las medidas de seguridad; hay que potenciar una educación moral basada en el respeto a la diversidad y a la integridad de todo ser humano y grupo minoritario.

3. 9. Una ciudadanía que trasciende los resentimientos y busca la reconciliación

La superación de los resentimientos absurdos es la condición de posibilidad para convivir pacíficamente, porque los resentimientos envenenan el alma y abren fisuras entre las personas y los pueblos. Demasiado a menudo, los resentimientos hacen imposible el diálogo entre religiones.

Donde hay resentimiento, la vida se convierte en algo pesado y el mundo se convierte en una gran carga. Es pesado experimentar resentimiento, porque no sólo es una emoción negativa que afecta individualmente, sino que también afecta el nivel de las relaciones sociales. Es indeseable permanecer al lado de alguien cargado de resentimientos, porque rezuma este mal ánimo más allá de los límites de su piel y lo tiñe todo de gris.

Quien se libera de los resentimientos, se siente mental y emocionalmente más ágil, deja que el río de pensamientos y de emociones fluya libremente y la mente deja de fijarse obsesivamente en un núcleo del pasado. Es más libre, vive con más agilidad. Liberarse de los resentimientos es como sacarse un peso de encima, casi es un nuevo nacimiento.

Los resentimientos, sin embargo, no son una fatalidad, ni una fuerza mayor que subyugue al ser humano. Tenemos capacidad, gracias a la voluntad y a la razón, de plantarles cara, de sobreponernos y liberarnos de ellos, de analizar su inconsistencia y sus consecuencias y, movidos por la fuerza de voluntad, extirparlos de la conciencia.

Pero para ello es necesaria la energía vital. La debilidad de la voluntad o la dejadez es un grave obstáculo para superarlos. Se necesita temple. Ésta no es una tarea sencilla, pero merece la pena esforzarse en conseguirla, porque está en juego, ni más ni menos, que la tranquilidad del alma (*tranquillitas animae*), un noble y viejo ideal estoico. Es gratificante vivir con personas reconciliadas, que han curado sus propias heridas y se han deshecho de esta toxina espiritual.

La liberación de los resentimientos es la condición mínima para vivir la propia existencia como un bien, pero también son necesarias otras condiciones: hay que ser consciente de la existencia, sentirse profundamente amado y practicar activamente la receptividad. Vamos, sin embargo, por partes.

La envidia es tan dañina espiritualmente como el resentimiento, nos conduce a anhelar lo que el otro es y a derrochar e ignorar los propios dones, los talentos recibidos, la concreción de

riqueza que hay en el propio ser. Sólo quien es receptivo a los propios dones, entiende que el mundo es gratificante. Sólo quien se siente amado por lo que es y no por lo que tiene o representa, vive su existencia como gratificante.

Deseamos un mundo en paz, pero también un mundo donde sea gratificante nacer, crecer y morir. Eso no depende únicamente del marco escénico, sino también del tipo de interacciones que tienen lugar en él. El ser humano, en la medida en que es capaz de amar y de generar relaciones de benevolencia y de calidad con sus semejantes, tiene también la capacidad de hacer del mundo un todo gratificante. De nosotros depende que los demás perciban su existencia como algo gratificante.

4. Conclusión

La transición hacia una ciudadanía axiológicamente responsable es absolutamente necesaria para fortalecer la democracia y las instituciones democráticas. La educación en el tiempo libre es un valioso ámbito donde puede tener lugar la transmisión de los valores expresados y hacer posible la consolidación de las tendencias aquí descritas.

Esta transición exige una nueva cultura educativa, un fortalecimiento de los valores occidentales (libertad, igualdad, fraternidad, emancipación, diálogo, pacto) que han dado como resultado la sociedad abierta. Esta labor de transmisión, propia de las instituciones educativas, la familia y la escuela, y de las organizaciones educativas del tiempo libre, debe ser sostenida y acompañada por las instituciones públicas y los gobiernos, más allá de los cambios y los diferentes vientos ideológicos. Hay mucho en juego.